



# materiales

## para una política teológica cristiana

Cf. [www.arzobispodegranada.es](http://www.arzobispodegranada.es)

en el blog: Ciudad de Dios y de los hombres

### Texto nº 5: “Breve guía para salir del marasmo”.

Hilaire Belloc publicó una serie de artículos sobre la distribución de la propiedad en el periódico Social Justice entre febrero y agosto de 1938. La serie llevaba el título general The Way Out [“El camino de salida”], que a nosotros nos ha parecido queda bien reflejado en español en el que aquí le damos: “Breve guía para salir del marasmo”. Recientemente, esos artículos han sido reunidos y publicados en forma de libro, con el mismo título The Way Out, en la Catholic Authors Press, Hartford, Connecticut, 2006. La traducción al español es de José Joaquín García Serrano y de Javier García Arevalillo.

En realidad, esa serie de artículos constituye una presentación del distributismo tan sucinta y sintética como valiosa. Leídos hoy, estos artículos resultan extraordinariamente actuales. Aunque iremos añadiendo artículos, y para que el lector del blog se haga una idea del contenido de la serie, comenzamos inicialmente con el índice de contenidos, y con dos de los artículos: el primero de todos, que se titula: “Para empezar”, y el nº 14, que lleva por título: “El monopolio del crédito”. Tal vez sea necesario recordar que lo que se llama “distributismo” es menos un sistema económico y político que la expresión en términos políticos y económicos de una serie de principios y criterios de la tradición social cristiana, formulados en el contexto del mundo moderno. También es imprescindible caer en la cuenta de que la aplicación de esos principios, aunque válidos para cualquiera y hasta atractivos en muchos sentidos para cualquiera, requiere un sujeto social que tenga la experiencia de vivirlos o de haberlos vivido, y las virtudes sobrenaturales y morales que los sostienen y les permiten permanecer, a pesar de todos los obstáculos que nacen de nuestras pasiones, individuales o colectivas. No puede imponerse. Esos principios no pueden tratar de aplicarse a la realidad sin la existencia de ese sujeto. Lo que eso significa es que, si nos importa el futuro, si nos preocupa el tipo de sociedad en la que van a vivir nuestros hijos o nuestros nietos, la tarea política más importante a llevar a cabo, y a llevar a cabo mediante los métodos que corresponden a esos principios y que ellos imponen como los únicos adecuados, es la construcción con la ayuda del Señor de ese sujeto social. Dicho con otras palabras, la única tarea política que en estos momentos vale la pena es la de construir la Iglesia. Por supuesto, no una Iglesia concebida según reducciones pietistas, moralistas o racionalistas y liberales, sino la Iglesia como cuerpo de Cristo en la historia, nacida del Dios Trino y de la Encarnación del Hijo de Dios, centrada en el bautismo, la

*Eucaristía y la liturgia de las horas, y abierta a dialogar y a sentir afecto por cualquier posición humana, política, moral, cultural o religiosa.*

Hilaire Belloc (1870-1953) fue amigo de Chesterton, y acaso el instrumento principal de su conversión a la Iglesia Católica. Escritor extraordinariamente prolífico y brillante, muchos le tienen por uno de los autores más grandes del siglo veinte. Es autor de más de 150 libros, que van desde la historia a la poesía, desde el ensayo político y económico hasta el relato de ficción, desde las biografías hasta escritos didácticos para niños.<sup>1</sup> Ambos compartían, la misma visión de la vida económica y política, que afirma que para que pueda darse una sociedad sana (una ecología integral que incluya la ecología humana), es esencial la centralidad de una distribución lo más amplia posible de la propiedad, esto es, son esenciales la pequeña propiedad y la familia basada en el matrimonio, esto es, en la unión esponsal de hombre y mujer. Como dice Robert Phillips, de la University of Connecticut, en su introducción a la edición de estos artículos en 2006, “la familia debe ser el centro de la productividad y de la reproductividad; y por eso el don fundamental de la propiedad debe estar concentrado especialmente en la familia”. La colaboración entre Belloc y Chesterton fue tan estrecha que en algunos ambientes anglo-sajones se hace, al menos para ciertos aspectos de su obra, la combinación Chester-Belloc.

Cito unos párrafos más del la Introducción de Robert Phillips a la edición de estos artículos:

“La reacción habitual al distributismo por parte de la cultura moderna dominante es decir que, por más interesante que sea, el distributismo es totalmente utópico e imposible de llevar a la práctica en las condiciones económicas modernas. Con el declinar del comunismo vemos que Belloc tenía ciertamente razón al predecir la imposibilidad de un sistema de pura propiedad común. Pero lo que tenemos ahora es una forma de capitalismo que sigue siendo profundamente inaceptable en los términos de Belloc.

Sin embargo, los sucesos económicos recientes dan a entender que los puntos de vista de Belloc se han vuelto sumamente relevantes. En primer lugar, la distribución de la propiedad en los países industrializados se ha desequilibrado casi hasta el absurdo, con un grupo de un 4% de ricos que acumulan una cantidad de riqueza que hace poco era casi imposible ni siquiera soñar. Los sueldos de los ejecutivos de las grandes empresas se han incrementado en miles de puntos porcentuales por encima de los sueldos de los trabajadores ordinarios. Esto es precisamente lo que Belloc había anunciado: una concentración de riqueza cada vez mayor en un número cada vez menor de manos, bajo el sistema de la esclavitud del salario. Así que, al menos en este punto, debemos volver a tomarnos en serio las posiciones de Belloc.

Al mismo tiempo, a la masa de los trabajadores se le priva cada vez de más autonomía. La deuda personal, especialmente a través de las tarjetas de crédito, está en un nivel totalmente fuera de control, simplemente para poder llegar a fin de mes. La gente ahora se endeuda seriamente sólo para poder comprar alimentos y atender a otras necesidades primarias. Cuando nos damos cuenta de que el mayor empleador en los Estados Unidos es Wal-Mart, cuyos salarios, incluidos lo extras, ni siquiera se aproximan a lo

---

<sup>1</sup> De los muchos libros sobre Belloc. seleccionamos C. Creighton Mandell, *Hilaire Belloc*, Createspace Independent Publishing Platform, 2016; Joseph Pearce, *Old Thunder: A Life of Hilaire Belloc*, Ignatius Press, San Francisco, 2002; James V. Schall, S.J., *Remembering Belloc*, St. Augustine's Press, South Bend, Indiana, 2013.

necesario para mantener una familia, empezamos a ver el realismo de las objeciones de Belloc. No sólo es que los americanos se han convertido en esclavos del salario sino que, y esto es algo que Belloc no podía siquiera imaginar ni de lejos, la verdad es que no sólo se le exige ser esclavo del salario al padre, el cabeza de familia, sino que lo tiene que ser también la madre, el corazón de la familia, a la que se le exige dejar a sus hijos en manos de otros, supuestamente profesionales y expertos, y entrar a formar parte de la masa laboral. Indudablemente, Belloc hubiera catalogado este último desarrollo de demoniaco.

Quizás la imagen del hoy no tiene que ser enteramente negativa. Muchas familias jóvenes se rebelan contra este sistema de esclavitud salarial y están volviendo al campo a vivir en una pobreza relativa. Otros están utilizando las posibilidades de Internet para encontrar trabajos desde el hogar, lo que les da un alto grado de independencia al tiempo que trabajan desde el interior de la unidad familiar. Así que tal vez haya otras posibilidades y otros signos que aún puedan salir a la luz, aunque hoy nos son todavía desconocidos. Pero en último término, Belloc sigue siendo un rayo de sentido común que nos orienta hacia el camino de salida”.

## **Breve guía para salir del marasmo** *(The Way Out)*

### **ÍNDICE DE CONTENIDO**

#### **Índice**

*Introducción: Breve guía para salir del marasmo*

1. Para empezar
2. El planteamiento del problema
3. El trabajador asalariado
4. Insuficiencia e inseguridad
5. La ruina del pequeño propietario
6. La ruina del pequeño tendero
7. La mente proletaria
8. La usura
9. La enfermedad del monopolio
10. El capital mata su propio mercado
11. La verdad suprimida
12. El monopolio del crédito
13. El final es la esclavitud
14. El camino de salida
15. Comunismo: la teoría
16. ¡El comunismo es malvado!
17. El comunismo ha fallado
18. La propiedad
19. Capitalismo asegurado
20. Hacia la reforma
21. La tasa diferencial

22. El sistema de los gremios
23. El pequeño productor
24. El pequeño distribuidor
25. Las funciones del Estado

## Capítulo 1

### Para empezar

Cuando un hombre sufre injusticia, combatirá con todas sus fuerzas el mal que se le hace. Esto es tan evidente que los hombres, en todos los tiempos y en todos los lugares, han hecho leyes y han instituido tribunales con el fin de hacer respetar la justicia y evitar así los conflictos.

Cuando el sentido de que se les está haciendo una injusticia se despierta en un gran número de hombres, hay el peligro de un conflicto general. Cuando ese sentimiento es agudo y se extiende a las masas del estado, todo el orden social se ve amenazado y, a menos que se corrija, una civilización entera puede perecer.

Esa es la situación que hemos alcanzado hoy en día tanto en el viejo como en el nuevo mundo. Un número muy alto de ciudadanos, y cada vez más creciente, sienten que se les está haciendo una grave injusticia en la sociedad y en el marco social en los que viven. Y sienten que esta injusticia es intolerable. De ahí nace el peligro, ya que todo el trabajo del mundo no puede realizarse en un ambiente semejante. La enfermedad es mortal y nos destruirá a menos que se alivie. Éste es el primero y el más inmediato negocio que tenemos en nuestras manos. Pero hay otra y más profunda consideración. La justicia pertenece a la naturaleza de las cosas. Es la Voluntad del Creador y aquellos que resisten esa Voluntad terminarán rotos. El Orden no es el fin de la vida social. El Orden que se obtiene mediante la Justicia es el fin de la vida social. Sólo en la Justicia pueden descansar las almas de los hombres. Por lo tanto, además del peligro inmediato al que hacer frente, hay una solución permanente que buscar y que establecer. Buscamos la Justicia, no sólo ni principalmente porque nosotros mismos sufrimos a causa de su ausencia, sino porque, cuando muchos otros también sufren por esa ausencia, su fuerte agravio envenena el aire moral que respiramos. Hay un deber común fundamental que recae sobre todos los hombres hoy en día: examinar, comprender, tratar con la iniquidad de nuestro tiempo e intentar corregirla.

He aquí cuatro pruebas: examinar la injusticia de la que nos quejamos (es decir, buscar su causa); mediante tal examen, entender su naturaleza; una vez entendida, trabajar activamente en el problema que se nos presenta; por último, hacer todo esto con el objetivo de alcanzar una solución permanente. La sociedad ha caído en una maraña a través de la prolongada acción de principios injustos, su enfermedad es el fruto de una falsa filosofía y del mal obrar, debido principalmente a la codicia. Cuando a un hombre se le presenta una madeja enmarañada, sin remedio aparente, ¿qué es lo que hace? Primero mira de cerca la confusión, siguiendo los hilos hasta que entiende la forma en que están envueltos. Después actúa, tirando de los extremos adecuados en la dirección correcta, hasta que el conjunto se desenreda. Ha convertido el caos en orden. Lo mismo deberíamos hacer nosotros, y los artículos a los que éste sirve de introducción se han escrito con ese fin. La sociedad ha perdido el camino en medio de la noche. Ha caído en un lugar de peligro mortal. Tenemos que encontrar una salida.

El sentimiento de injusticia, ahora casi universal, es más violento en la fábrica y en los transportes, pero, en grado variable, está presente en todas partes; y ese sentimiento de injusticia es algo sólido; ya que la Justicia demanda

condiciones humanas de vida para los seres humanos: “Nuestro Pan de cada día”. Esto no es meramente el sustento, es la dignidad humana, es una cierta proporción de ocio, es poder disfrutar de la belleza, y algo más, (que se olvida continuamente), *variedad*. Todas estas cosas pueden tenerse estando sometidos para beneficio de otros hombres, pero entonces todas son imperfectas, todas están deformes, retrasadas en el crecimiento y enfermas, ya que falta una cosa, y esa cosa es la libertad. La Voluntad del Hombre ha sido creada libre y debe ejercitarse, si queremos que el hombre viva una vida plenamente humana. La posibilidad de elegir una ocupación y de elegir cosas es parte del “Pan Nuestro de cada día”. Hoy en día la mayor parte de los hombres no tienen esa posibilidad de elección y están hambrientos de ella. Sus vidas han sido ordenadas a pesar de ellos y eso por una sola razón: no poseen la tierra o los instrumentos de su comercio sin hipotecas ni gravámenes. Otro los posee, y mediante su posesión y la indigencia que esa posesión genera en los demás, surge este amargo sentimiento de opresión.

A la pregunta: “¿por qué sufren los hombres de este modo?”, la respuesta suele ser que la causa de todo el mal es “el capitalismo”, es decir, la explotación de los muchos indigentes por los pocos que controlan los medios de subsistencia. Esta respuesta es engañosa. Enuncia el hecho, pero no lo explica. Es también una verdad a medias, y las verdades a medias son las falsedades más peligrosas. Si fuera verdad que el capitalismo es la causa de nuestros males, la destrucción del capitalismo, no importa por qué medios, bastaría como remedio. Pero debería ser evidente que el intento de destruir el capitalismo con un método equivocado no es remedio de ninguna clase. A un hombre con dolor de muelas, le parece que toda la causa de sus dolores son los dientes de su cabeza, pero no es remedio cortarle la cabeza. La causa real de nuestros problemas no es el capitalismo, sino la condición de la que depende el capitalismo: *la privación de los muchos*.

¡Sí! Lo que se llama demasiado académicamente “el proletariado”, pero que nuestros padres llamaban más simple y más acertadamente “la privación general”, ese es el mal de raíz. Si tenemos que usar palabras largas y terminaciones en “-ismos”, entonces hablemos menos de capitalismo y más de “proletarianismo”.

Los hombres no pueden vivir como ciudadanos libres, capaces de contratos libres, ni disfrutar de libertad económica, ni sentir sus vidas seguras, a menos que tengan alguna propiedad. Sólo mediante unas leyes que distribuyan la propiedad entre muchas manos, por lo menos hasta que un número *determinante* de ciudadanos *tengan alguna propiedad*, puede la sociedad ser salvada. No puede ser salvada de ninguna otra manera, a menos que llamemos salvación al retorno a la esclavitud.

La familia es la verdadera unidad del estado, y es más importante que el estado. El estado existe para la familia, y no la familia para el estado. La propiedad es necesaria para que la familia tenga una existencia normal y saludable.

Los hombres trabajan para su sustento, y producen ese sustento mediante ciertos instrumentos. Sobre esos instrumentos, aquellos que trabajan deberían tener control, esto es, propiedad.

Ciertas actividades funcionan mejor —o sólo pueden funcionar— en asociaciones grandes de personas. En estos casos puede haber un accionariado, pero las acciones se deben tener en propiedad. Cuando el monopolio sea

inevitable, dejemos, por supuesto, que sea controlado por el estado, pero primero debe haber la certeza de que es inevitable, y, si nos damos cuenta de que asciende como un crecimiento artificial, hay que cortarlo cuanto antes. Una sociedad construida sobre la propiedad y, por lo tanto, sobre la libertad, con la propiedad salvaguardada mediante unas normas corporativas, nos devolverá nuestro "Pan de cada día", que hemos perdido. Las necesidades inmediatas tienen que ser aliviadas de forma inmediata, pero nuestro propósito habría de ser una sociedad estable en un mundo contento. Cómo es posible llegar ahí es el contenido de lo que sigue.





## Capítulo 2

### El planteamiento del problema

El problema que encaramos es el siguiente: ciudadanos políticamente libres y políticamente iguales no poseen los medios necesarios para su subsistencia. Las reservas de alimento y de vestido, de casas, de combustible y de las demás cosas sin las que la vida humana no puede vivirse, están en las manos y bajo el control de unos hombres distintos de la gran masa de los ciudadanos, y que son muchos menos que esa masa.

Es la masa de los ciudadanos la que tiene que hacer el trabajo mediante el cual se producen sus medios de subsistencia. Y, sin embargo, la masa de ciudadanos está desposeída de esos medios en grandes áreas del mundo, y particularmente en aquellos países que viven bajo lo que se llama la "organización capitalista". La masa de los ciudadanos son los proletarios. Aquellos que puedan ser mantenidos vivos por la minoría (cuyo motivo para mantenerles vivo es obtener beneficios de su trabajo) tienen sustento, aunque no una seguridad adecuada de dicho sustento, ni una voz sobre lo que debe hacerse, ni propiedad sobre lo que hacen. A la vez, un cierto grupo marginal para quienes no se puede encontrar trabajo se moriría de hambre a menos que sean mantenidos artificialmente por fondos públicos en las manos de funcionarios públicos.

El ciudadano libre e igual en principio a todos tiene libertad política, pero no tiene libertad económica. Tal estado de cosas no puede perdurar.

Seamos claros acerca de los dos factores esenciales de esta situación: desposesión y ciudadanía. Unos ciudadanos sin propiedad, unos ciudadanos sin ninguna seguridad de su sustento, unos hombres políticamente libres pero privados de libertad económica, sufren esa intolerable situación que tenemos que corregir.

Allí donde los hombres no son libres, allí donde, debido a la organización de la sociedad, están forzados a trabajar para otros, allá donde vienen definidos por la ley como esclavos, esos hombres sufren de hecho un gran agravio. Pero no son ciudadanos. No son conscientes de un contraste intolerable entre sus derechos admitidos y sus condiciones reales. Es cuando el hombre libre, el ciudadano, se ve reducido a un sometimiento económico por parte de otros hombres libres, cuando surge una situación intolerable. "¿Tú dices que soy libre? ¡Y no obstante, no puedo siquiera vivir si no es con permiso tuyo! ¿Tú dices que soy libre? Todas tus leyes lo proclaman, y me siento muy orgulloso de ello. ¡Y sin embargo, no puedo poseer ni aquello que fabrico con mi propio trabajo! ¿Tú dices que soy libre? Aunque las horas que tengo que trabajar y las condiciones bajo las que tengo que trabajar me son impuestas por otros. ¿Tú dices que soy libre? Y sin embargo, el producto de mi trabajo no me pertenece, sino que pertenece a otro, para cuyo beneficio me veo obligado a tomar sobre mí esa carga tan pesada como aburrida. ¿Tú dices que soy libre? Y sin embargo, no puedo elegir lo que voy a consumir más que dentro de unos límites muy estrechos. Tengo que tomar lo que se me ofrece desde un sistema de producción que no he creado y que es indiferente a mis deseos. ¿Tú dices que soy libre y que soy igual a mis semejantes? Pero en la práctica soy esclavo de aquellos que poseen aquello mediante lo que los hombres viven: las

máquinas y el suelo y las materias primas y las necesarias reservas de alimento y de vestido y de todas las demás cosas que los hombres que se dicen iguales a mí tienen bajo su control mientras que yo no lo tengo”.

Un hombre libre que se encuentra a sí mismo en unas circunstancias como éstas se convierte necesariamente en un rebelde. Es el contraste entre la libertad y unas condiciones de vida no libres lo que ha establecido las intolerables condiciones de la situación actual. Éste es el problema principal, planteado de la manera más simple.

Casi todavía dentro del alcance de nuestra memoria viva, la gran masa de los hombres vivía en casas de su propiedad, producían alimentos y vestidos y otras cosas en terrenos que eran de su propiedad, poseían los frutos de su trabajo, decidían lo que iban a producir y lo que iban a consumir. Todavía dentro del alcance de nuestra memoria viva, aún quedaba una tal proporción de hombres cuya libertad política se correspondía con la libertad económica, que la vieja tradición pudo sobrevivir. Una sociedad en la que unos hombres libres poseían sus granjas, sus tiendas, sus herrerías, sus artes de pesca, sus carpinterías y todo lo demás, existía aún, aunque ya amenazada y en disminución. Hoy en día la desproporción entre el hombre económicamente libre y el hombre económicamente no libre ha crecido de una forma tan tremenda como para desequilibrar por completo la situación. Restablecer el equilibrio es la principal tarea ante nosotros.

Éste es el problema principal. Hay otras desventajas que vienen unidas a él y que están necesariamente producidas por él: la monotonía de un trabajo que no ha sido escogido por el trabajador; monotonía de una producción en la que no hay lugar para la artesanía; la inestabilidad de todo tipo, la inseguridad y la insuficiencia. Un vasto número de hombres que no tienen el sustento adecuado, y un número todavía más vasto que carecen de cualquier tipo de certeza con respecto al mañana. También ha crecido el control sobre todas las actividades humanas por obra de eso que llamamos “finanzas”: el reinado de la usura y de la deuda, lo que significa de nuevo un gran número de hombres trabajando para el beneficio de unos pocos, lo que constituye una contradicción con lo que el trabajo útil debería ser. Hemos llegado a que el trabajador considere una ventaja para él el producir lo menos posible usando el menor tiempo posible, y a un coste tan alto como sea posible. Hemos llegado a que el productor de bienes considere que le es ventajoso el controlar, y hasta el disminuir e incluso extinguir la producción de bienes. Vemos cómo esa paradoja mortal está operativa por ambos lados.

Pero lo peor de todo es quizás que ha crecido el habernos acostumbrado a la indigencia, esto es, a esa pérdida del sentido de la propiedad y de la responsabilidad real mediante la libertad que llamamos la “mente proletaria”. Trataré a su debido tiempo cada uno de estos puntos, pero empecemos con el planteamiento del problema en su modalidad principal: hemos caído en un estado en el que unos hombres libres, unos ciudadanos iguales, son, en su inmensa mayoría, indigentes, dependientes por entero de una minoría de sus compañeros más afortunados, y que ambos grupos están en un acusado antagonismo. Esto no puede continuar.

## Capítulo 3

### El trabajador asalariado

*La desaparición de la relación humana  
hiere tanto al trabajador como al empresario*

El trabajador asalariado es alguien que no trabaja para sí mismo, sino para otro, a cambio de un salario que ese otro le paga. Tanto si lo llamamos paga o salario, como si el salario es grande o pequeño, la esencia del trabajo asalariado es que el trabajador no se queda con el producto del trabajo hecho por él. El producto pertenece a otro, a quien le paga. Y la motivación de dicho patrono es beneficiarse de la diferencia entre el producto del trabajo y la cantidad que ha pagado al trabajador por hacerlo. Esta diferencia se llama "beneficio".

William posee un cierto número de árboles, John corta esos árboles y apila esa madera por cien dólares que le paga William. La madera cortada, apilada y lista para el uso vale ciento veinte dólares, y pertenece a William. William tiene un beneficio de veinte dólares. No por su trabajo, sino por el de John. Si no hubiera, en general y al menos a largo plazo, un beneficio obtenido por William a partir del trabajo de John, William no continuaría empleando a John.

Al comienzo de este acuerdo no hay ninguna injusticia. Ambos ciudadanos son hombres libres. Cada uno realiza un contrato libre con el otro en función de su beneficio mutuo. William posee los árboles y una cierta cantidad de dinero. John quiere dinero y se compromete a talar los árboles de William, a serrar los troncos y apilarlos a cambio de una parte del dinero de William. Todo el asunto es un contrato y, allí donde los ciudadanos son libres, el estado hace que los contratos se cumplan, ya que si no lo hiciera la sociedad no podría seguir adelante. Sólo los estados comunistas o despóticos pueden funcionar sin contratos. El estado, a través de sus tribunales de justicia y de su policía y de sus fuerzas armadas, hace cumplir los contratos que se han hecho, y ya que las partes del contrato son hombres libres que se han comprometido voluntariamente entre sí, ninguno de ellos puede reclamar ni tener ningún tipo de queja contra el otro.

Y sin embargo, cuando miramos a nuestro alrededor en el mundo moderno, vemos a millones de asalariados furiosos contra los propietarios del capital que les paga sus salarios y les provee de los instrumentos con los que trabajan. La ira es tan grande que lleva continuamente a conflictos físicos inspirados por un lacerante sentimiento de injusticia. Esta ira ha conducido, una y otra vez, a disturbios, hasta a masacres. La cosa empeora en todas partes, los disturbios se incrementan, y empieza a dar la impresión de que, a menos que se pueda resolver la disputa, la sociedad va a desintegrarse.

Pero, ¿por qué el trabajo asalariado, que empezó como un acuerdo justo y razonable, se ha vuelto intolerable?

La razón está en que las cosas pueden cambiar su naturaleza cuando cambian de tamaño. Cincuenta o sesenta peatones caminando arriba y abajo por la calle, cada uno preocupado en sus propios asuntos, son algo totalmente distinto a seis mil personas rugiendo por la calle todos juntos, y todos con el

mismo objetivo. Lo primero es un apacible acontecimiento de cada día, lo segundo es una turba peligrosa a punto de transformarse en un motín.

Exactamente lo mismo es lo que ha sucedido con el trabajador asalariado. Mientras la mayoría de los ciudadanos poseían tierra e instrumentos, y hogar y las demás cosas, era un contrato natural para un hombre el cobrar una paga de otro hombre. El asalariado era normalmente él mismo también un propietario, que incrementaba sus ingresos momentáneamente mediante una pequeña cantidad de trabajo; o podía llegar a convertirse en propietario a base de ahorrar del salario que cobraba. El número de asalariados que trabajaban para un determinado hombre solía ser pequeño. Las relaciones entre el ciudadano que pagaba el salario y los ciudadanos que lo ganaban era personal y humana. Pero cuando, bajo la acción de la competencia y mediante el uso de unas máquinas costosas y que obligaban a centralizar el trabajo, y gracias a unas comunicaciones rápidas, te encuentras con miles de hombres trabajando como asalariados para un solo patrono o para una compañía, las cosas han cambiado por completo; y ahí es donde estamos hoy. Nuestra sociedad industrial se divide en un gran cuerpo que vive por entero o casi por entero de salarios, esto es, de unos alimentos, de unos vestidos y de un hogar que les vienen dados a intervalos cortos —por semanas o por meses— por un número mucho más pequeño de patronos, que controlan el capital: esto es, las tiendas y las reservas de tierra, de casas, de vestidos y de alimentos.

La relación humana ha desaparecido, y lo que queda es el contraste puro y duro entre una pequeña clase empresarial que explota por un beneficio y una clase, mucho mayor en número, de trabajadores asalariados. Los intereses de las dos clases son directamente hostiles entre sí. El asalariado es el enemigo del que paga el salario. El interés del patrono es dar al asalariado lo menos posible y hacerle trabajar lo más posible por ese poco que le da. El interés del asalariado es trabajar, y por lo tanto producir, lo menos posible por el máximo que pueda sacarle al patrono. El esquema entero de la producción de bienes se vuelve irracional y desordenado. Los patronos, que son los que dirigen, no buscan la producción de bienes —que nos sirven a todos—, sino su propio beneficio. El asalariado no busca la producción de bienes mediante su trabajo, sino al contrario, trabajar lo menos posible por el mayor salario posible.

Entre tanto, de este mal de raíz puede surgir cualquier tipo de abominación social. Así se da esa abominación espiritual que se llama “odio de clase”: el oprimido que odia al opresor. También tenemos las abominaciones espirituales correspondientes del desprecio, de la injusticia y de la falsedad. El opresor, que se siente seguro, desprecia al asalariado; le hace la injusticia de usar su trabajo sin pensar en el bien del asalariado o de la comunidad; y dice una falsedad que era verdadera al principio de todo este asunto, pero que ahora es sencillamente una mentira: dice que todo esto se basa en un contrato libre y que, por tanto, es justo que los tribunales de justicia y las fuerzas armadas de la comunidad hagan que se respete.

Aquí está el planteamiento claro del monstruoso mal que hemos de remediar. A fin de erradicarlo tenemos que examinar con atención a cada fruto malo que crece en ese árbol malo.

Está el mal fruto de la insuficiencia que se genera para la gran masa de hombres que viven de un salario, y que es el interés del patrono el que sea tan pequeño como sea posible: está la insuficiencia para las masas de quienes consiguen un trabajo, y la desesperación para quienes no lo consiguen.

Está la inseguridad para millones de seres humanos, inciertos acerca de por cuanto tiempo podrán proveer de alimentos, de casa y de vestidos a sus familias.

Voy a tratar estos dos males en mis dos próximos artículos, uno después del otro.



## Capítulo 10

### El capital mata su propio mercado

*El Monopolio de la producción, de la distribución y del transporte incrementa la sujeción de muchos a la voluntad y a la explotación de unos pocos, de forma que la libertad económica lleva camino de convertirse tan sólo en un recuerdo.*

El creciente monopolio de la producción de bienes, y de su transporte y distribución a través de las redes de distribución correspondientes, nos es familiar a todos nosotros. Ya hemos visto como la competencia sin restricciones, seguida por las fusiones, pone estos negocios cada vez en un número menor de manos.

Consideremos los efectos sociales de esto:

(1) Hace que el número total de bienes disponibles sea arbitrario en su cantidad, y hace depender esa cantidad del interés o de los cálculos de unos pocos controladores. Supongamos un caso extremo, que no existe en la actualidad, pero que sirve para ilustrar el principio. Supongamos que un hombre en una comunidad de 1.000.000 de hombres controlara toda la tierra y todo el capital: es decir, la maquinaria y las reservas de semillas, de alimentos, de vestidos, de hogares, etc.

Podría suceder que no fuera en beneficio suyo, o que no fuese su capricho, el poner a los hombres a trabajar sino para satisfacer sus propias necesidades. Podría no darles trabajo a todos, o incluso a la mayor parte, en beneficio suyo, aunque pudiera hacerlo también por deseo del bien público. Pero hay que contar con que querrá vender los bienes que ordenó que se produjesen. ¿A quién se los va a vender? Podría intentar venderlos en el extranjero, con creciente dificultad, porque las naciones hacen todo lo posible para mantener fuera de ellas los bienes extranjeros. Si se los vende a la gente desposeída que depende de él, sólo le van a poder pagar cantidades, en el mejor de los casos, equivalentes a la que él les ha distribuido previamente.

Desde luego, repito, esto es sólo un caso imaginario. Pero cuanto más pequeño sea el número de gente que controla la producción, más nos acercaremos en la realidad a este estado de cosas.

(2) Bajo el capitalismo industrial, esto es, bajo un estado de las cosas en que una poca gente controla el sistema de producción, y la distribución e intercambio, y la gran masa de la gente depende de ellos, a los controladores les interesa dar a la gran masa de gente tan poca capacidad de compra como les sea posible. Ya que bajo el capitalismo, la producción, el transporte, etc., van a por el beneficio. La diferencia entre el valor de lo producido y los costes salariales de producirlo es su beneficio, y cuanto menor sea el coste salarial, mayor será el beneficio. En otras palabras, "el capitalismo mata su propio mercado local".

Esas son las dos principales desventajas materiales del capitalismo, tal y como lo tenemos hoy en día. Se traducen, en el mundo actual, en los términos "desempleo" e "insuficiente capacidad adquisitiva". A medida que el control esté en pocas manos y estas manos sean cada vez menos, estos males crecerán más y más.

Pero las desventajas espirituales del control por parte de unas pocas personas —y cada vez menos— del proceso de producción, del transporte y de todo lo demás, son todavía peores que las desventajas materiales.

Estas desventajas espirituales toman tres formas principales. Primero, se pierde la capacidad de elección: el individuo no puede ejercer su libre albedrío escogiendo este o aquel otro bien que le gusta, y rechazando ese o aquel otro bien que no le gusta. Más aún, la demanda no es la que reclama el suministro, si no que el suministro se impone sobre la demanda. Hay una creciente pérdida de libertad en la selección, que resulta cada vez más constreñida.

Y la segunda desventaja espiritual es la contrapartida de esto: una creciente uniformidad en el patrón de la existencia. Se ha dicho con razón: “la multiplicidad es la vida”. Cuando los hombres obtienen todos las mismas clases de cosas, presentadas de la misma manera, con el mismo modelo multiplicado por cien millones, la vida pierde su “gracia”. La uniformidad total es la muerte.

La tercera desgracia espiritual es ésta: que la gran masa de hombres caen bajo la voluntad de unos pocos. No solo caen bajo la voluntad de unos pocos controladores —a los que se llama “empleadores” o “funcionarios de la administración”—, de los que dependen sus salarios, y por lo tanto toda su existencia; sino que, además, sus propias voluntades se atrofian gradualmente. Ese es el mayor mal de todos: la actividad de la voluntad es esencial para la dignidad del hombre. Forma parte del ser del hombre, y no utilizarla más que en una pequeña medida es dañino para el hombre.

Aquí debemos distinguir entre dos cosas que a menudo se confunden: la sujeción voluntaria y la sujeción forzosa. Cualquier hombre que escoge una profesión, rinde en parte su voluntad a las reglas de su profesión. El marinero y el soldado lo hacen más que el hombre que trabaja en la sociedad civil; los religiosos son los que más lo hacen. Pero si hacen esa rendición de su propia libre voluntad, esa libre voluntad permanece intacta. La cosa es totalmente distinta cuando se ven obligados a la monotonía y a la dependencia de la voluntad de otros.

Todavía hay un último mal conectado con la creciente disminución del número de aquellos que controlan y el creciente aumento del número de aquellos que son dependientes de ese control. Este mal es quizás el peor de todos. Es el mal de los malos hábitos.

Cuando un mal proceso cualquiera empieza, en sus primeros estadios hay una memoria, una tradición, de cosas mejores. El antiguo y mejor estado de cosas todavía posee lo que la ciencia de la física llama el “impulso adquirido”. Así pasa con la libertad cuando el monopolio del control se está desarrollando. Todas las personas mayores pueden recordar la competencia real, y una buena y razonablemente justa división de la propiedad. La gente más joven puede que no lo recuerde, pero escuchan lo que sus mayores recuerdan, y todavía están lo suficientemente en contacto con el pasado para tener una cierta atmósfera de libertad económica, aunque hayan perdido ya el contacto con esa realidad.

Una generación humana es corta. Cuando ha perdido lo que alguna vez supo, el hábito convierte las nuevas condiciones en algo normal hasta el punto en que esas nuevas condiciones pasan a parecer casi parte del universo. Al final se hace imposible para los hombres ni siquiera imaginar cómo era el antiguo y mejor estado de cosas.



Así, el hábito en cualquier mal, pero especialmente en el hábito de la dependencia, es lo que hace que el mal permanezca. Y tal como las cosas van ahora, crece rápidamente el peligro de que esta condición de dependencia con respecto a unos pocos y de aceptación del monopolio del control sobre nuestras vidas se convierta en una segunda naturaleza. Si permitimos que eso ocurra, aceptando sin oposición el decaimiento gradual de la propiedad individual y de la libertad, será imposible el retorno. Ése es el verdadero peligro, el atravesar ese umbral tras el cual la reforma se hace prácticamente imposible, porque la mente ya no puede imaginarla.

Aquí en Inglaterra, donde escribo, hemos tenido, dentro del lapso de tiempo de mi propia vida, un impresionante ejemplo de esto. Cuando yo era joven, todavía existía un fuerte movimiento para convertir las viviendas alquiladas en propiedades permanentes. El objetivo era convertir a los hombres que pagaban su alquiler en hombres que poseían sus propias casas y granjas. Hoy esa idea casi ha desaparecido. Se ha conseguido que haya un ingente número de personas que se supone que poseen sus casas, pero que de hecho están pagando su tributo en forma de préstamos. Sus casas y tierras no los poseen ellos, sino las sociedades crediticias, y hay una vasta mayoría que ni siquiera poseen nominalmente sus casas, y ya ni se esfuerzan en poseerlas, ni siquiera piden una reforma de la ley que les permitiría conseguirlo.

Esto es sólo un ejemplo. Este efecto de los hábitos que terminan haciéndonos parecer normal lo que no lo es hay que verlo en todas partes, y si no hacemos una reforma a tiempo, la segunda generación después de la nuestra habrá olvidado lo que significa la libertad económica.



## Capítulo 12

### El monopolio del crédito

*Sobre cómo los banqueros, a base de crear y de controlar las “promesas de las que viven los Hombres”, son los dueños de la libertad de todos los hombres que están endeudados.*

De todas las formas de monopolio, el más peligroso hoy en día y el más poderoso es el monopolio del crédito.

Aquí, de nuevo, como en todos los otros casos, la palabra “monopolio” debe entenderse correctamente. Salvo en Inglaterra, no hay un completo monopolio del crédito. En Inglaterra, la totalidad del sistema bancario, centrada en y alrededor del Banco de Inglaterra, es un único bloque sólido. Prácticamente no hay competencia, salvo la competencia por los clientes entre diversas ramas de los grandes bancos. La política general bancaria está unificada en todas partes.

En otros países, la banca es mucho más libre, con la consecuencia de que los clientes de los bancos están menos seguros. El sistema de crédito en Inglaterra es el más estable del mundo, debido a que es el que está más completamente monopolizado. El Banco de Inglaterra y los que dependen de él, los “Cinco Grandes”, unidos en su accionariado, tienen los métodos bancarios más rápidos y eficientes del mundo, y la seguridad de sus clientes es casi absoluta. Pero en otros países, como Francia y los Estados Unidos, (especialmente los Estados Unidos antes de la crisis del 1929-1931), al haber mayor libertad de competencia entre los intereses de los distintos bancos, también los depositantes tienen menos seguridad. A pesar de todo, incluso en éstos, el poder del monopolio del crédito es muy grande. Es esta forma del poder del dinero la que tiene la mayor fuerza en el mundo moderno.

Debemos entender lo que es. ¿Qué es este “crédito” del que la gente habla continuamente, dando por supuesto lo que significa, y que, sin embargo, rara vez es definido, y sobre el que tan poca gente piensa con claridad?

Para contestar esa cuestión, vamos a considerar cómo nació la cosa. En las condiciones primitivas, el crédito, en el sentido moderno, era desconocido.

Supongamos dos vecinos, uno de los cuales es propietario de una granja de pastos para el ganado, y el otro, de una granja de cultivos agrícolas. Cada uno podía intercambiar con el otro su producción sobrante. Cuando se establecieron múltiples intercambios, es decir, cuando pasaron a hacerse no ya entre dos unidades si no entre un cierto número de unidades, las cosas se complican; necesitas una moneda para manejar los intercambios. El hombre que produce trigo le dice al hombre que tiene ovejas: “yo necesito madera”. El hombre de las ovejas las cambia por madera y así puede luego cambiar la madera con el hombre que produce trigo. Pero bien pronto, a medida que se involucran más unidades, deben tener una medida común de intercambio, o no se podrán llevar a cabo las transacciones. Cuando, en el curso de los intercambios, un hombre está dispuesto a esperar para recibir su pago, y así, a hacer los intercambios más fáciles, ése es el comienzo del crédito.

Pero el crédito ha llegado a significar algo muy diferente hoy en día porque, *en lugar de usarse la moneda para el intercambio, lo que se usa para el*

*intercambio son promesas de pago*, y el banquero que puede poner estas promesas de pago en circulación ha creado en la práctica la moneda.

El asunto empezó con los orfebres y otros que recibían dinero de sus vecinos por custodiar sus cosas, dándoles un recibo y estando dispuestos a devolverlas cuando se lo pidieran. Luego se dieron cuenta de que sólo una parte de los valores que custodiaban les eran reclamados para ser devueltos en algún momento, y empezaron a prestar el saldo a un interés. Diez hombres habían puesto mil piezas de oro bajo la custodia de un vecino para que las guardara. Primero uno y luego otro sacaría parte de su tesoro y luego ingresaría nueva moneda. El hombre que guardaba el dinero y actuaba como banquero, se dio cuenta de que se encontraba seguro si mantenía consigo digamos una décima parte de lo depositado y que podía prestar las otras nueve décimas partes a un interés. Ese fue el primer paso.

El segundo paso fue cuando el banquero comenzó a “garantizar cheques”. En su origen, eso significaba admitir que el hombre que había extendido el cheque tenía ese dinero en el banco, y tenía el derecho a que se lo devolviera si se lo pedía. Pero pronto pasó a significar algo muy distinto. Los banqueros “extendieron crédito” a un cliente. Le decían a un cliente, “no es necesario que tengas un millón en mi banco, ya que tienes propiedades y un negocio que valen dos millones. Si quieres ampliar tu fábrica, yo, para tu tranquilidad, garantizaré tus cheques hasta medio millón, pero debes pagarme interés por ese crédito.”

A la vez hace lo mismo con el constructor, el agricultor, el transportista y cualquier otro tipo de cliente hasta que al final toda la comunidad está intercambiando “instrumentos de crédito”, es decir, las promesas de pago de los banqueros en vez de dinero real, *y queda totalmente en manos del banquero cuánto crédito se puede dar y a quién se le da*. En otras palabras, queda totalmente en manos del banquero el que una industria o un tipo de dirección de un negocio siga adelante o no. Mediante la concesión del crédito puede hacer que se desarrolle una propiedad, o bien, reduciéndolo, hacer que se abandone.

Ese paso no estaba totalmente desarrollado incluso hace cien años. Hoy es universal y todopoderoso. Así que la realidad es que, incluso las naciones que tienen que luchar para vivir, tienen que ir a los banqueros por “créditos” a fin de poder obtener armas con las que se defiende el estado.

El sistema de hacer moneda “a partir de nada”, de hacer instrumentos de crédito de papel, controla virtualmente el mundo moderno. El monopolio del crédito, cayendo progresivamente bajo menos y menos manos, controla la palanca de la que todos dependemos, y los monopolistas del crédito son los auténticos dueños del estado. Esto es, en la apariencia, sólo un mal político, y está lejos de poder ser abordado por los hombres ordinarios. El hombre ordinario, que vive de un salario, puede sentir que está siendo explotado por el capitalista con el que se relaciona. No tiene forma de ver o sentir que toda la sociedad también está siendo explotada mucho más a fondo por los controladores del crédito, que obtienen tributo de todos los hombres y que pueden abrir o cerrar la válvula de la energía industrial a su voluntad.

Este monopolio del crédito sólo afecta al hombre ordinario cuando es él el que tiene una hipoteca en un banco. El proletariado, que vive de un salario, no es consciente del nuevo poder. Y sin embargo, éste es el poder que, más que cualquier otro, está amenazando con llevar a la ruina nuestra civilización. Ya que, no sólo es el dueño de todas nuestras actividades sin permiso nuestro, sino

que es especialmente duro con el hombre que tiene pocos bienes, y especialmente destructivo de la pequeña propiedad.

Hoy podemos decir que toda la sociedad tiene deudas con los que controlan las palancas del crédito, y que si un día perdemos nuestra libertad todos juntos, o más bien, que cuando la perdamos, tendremos por dueños a los pocos que queden como controladores de la tierra y la maquinaria, que tendrán tras de sí, como dueños últimos, a los controladores del crédito.